

América Latina: de la histórica fragmentación a la necesidad de unión¹

Leandro Morgenfeld*

Resumo

Desde las mismas guerras de independencia latinoamericanas, se comenzaron a debatir diferentes alternativas de unidad o integración de los países del sur del continente. A lo largo de la historia, y producto de las presiones de Estados Unidos y las potencias europeas, y del carácter de la mayor parte de las clases dominantes de los países del continente, la fragmentación siempre se impuso a los proyectos latinoamericanos. En la década de 1990, los principales debates sobre la “integración” americana giraron en torno a la propuesta estadounidense del Alca, quedando en principio relegados otros proyectos, como el Mercosur, la Comunidad Sudamericana de Naciones o el A#. A principios del siglo XXI, tras el parcial cambio en la correlación de fuerzas en América latina, la estrategia estadounidense de establecer un área de libre comercio continental fue encontrando cada vez más obstáculos: primero en la crisis de la reunión de la OMC en Cancún (2003) y luego en la

IV Cumbre de las Américas (Mar del Plata, 2005), momento en el que el Alca quedó finalmente descartado. A partir de ese entonces, el Mercosur pareció revitalizarse –se sumó Venezuela–, y hasta se creó una nueva organización más amplia, la Unasur. Más allá de estos cambios, es necesario profundizar el debate para lograr superar los históricos obstáculos para una unidad latinoamericana que exprese el posicionamiento autónomo y antiimperialista que reclaman diversas organizaciones populares en el continente.

Palabras clave: América Latina. Integración. Mercosur. Unasur.

* Docente de la Universidad de Buenos Aires y el Instituto del Servicio Exterior de la Nación. Investigador del Conicet. Contacto: leandromorgenfeld@hotmail.com / www.vecinosenconflicto.blogspot.com

Recebido em 11/10/2011 - Aprovado em 08/05/2012

El Siglo XIX y los ejemplos de la balcanización: fracaso del proyecto bolivariano y fallidos congresos latinoamericanos

La historia de los intentos de “integración” americana se remonta al primer cuarto del siglo XIX, en particular al período inmediatamente posterior a las independencias de los países latinoamericanos, cuando estas nuevas naciones peleaban aún contra el intento de reconquista europea y por el reconocimiento diplomático. Hacia diciembre de 1823, el presidente James Monroe lanzaría lo que se pasó a denominar la “doctrina Monroe” (*America for the Americans*). Estados Unidos estaba empezando a cambiar la estrategia de “prescindencia” que había desplegado desde 1810 en relación a sus vecinos del Sur y las luchas anticoloniales.

Poco tiempo después, en 1824, y a la par que se libraban las últimas batallas contra los ejércitos realistas, Bolívar propuso realizar en Panamá una asamblea continental. Para el Libertador, consolidar una unión latinoamericana, con la protección inglesa, era fundamental para garantizar la independencia de las naciones emancipadas, amenazadas por la reacción conservadora de España y la Santa Alianza europea. Sin embargo, la propuesta bolivariana no encontró eco en muchos de los gobiernos americanos, lo que en parte explica su relativo fracaso. Para Estados Unidos, era la oportunidad de empezar a poner en práctica la “doctrina Monroe” y de disputarle a Europa su hegemonía en

el subcontinente. Con este primer fracaso, América Latina perdió una oportunidad temprana de construir una integración alternativa, que no estuviera bajo la órbita de la Casa Blanca.

Luego de este primer congreso existieron otros tres, en Lima y Santiago de Chile, en las décadas de 1840, 1850 y 1860, que procuraron relanzar el proceso de integración americana. Estos primeros congresos tenían por objetivo avanzar en el entendimiento de las naciones americanas para repeler posibles amenazas y ataques exteriores. Una característica fue que mostraron qué difícil era llevar a la práctica los principios que habían inspirado a Bolívar, en particular el ideal de la unión latinoamericana y la defensa multilateral frente a cualquier intento de reconquista. Se avanzó poco y nada: Ni se logró consolidar una unión para repelar las agresiones externas, ni tampoco se avanzó en establecer un mecanismo para solucionar las controversias entre los propios países participantes. Y los pocos tratados que se acordaron no fueron ratificados. Sólo se establecieron algunos antecedentes para el desarrollo futuro del derecho público internacional americano.

Los escasos resultados alcanzados se explican, en parte, por el carácter de los gobiernos de la mayoría de los países latinoamericanos, hegemonizados por los latifundistas —que alentaban las producciones primarias de exportación— y los grandes comerciantes. La constitución de oligarquías nacionales o regionales, con intereses estrechamente ligados a las potencias europeas en expansión, dificultó cualquier

avance de proyectos inspirados en las ideas de Bolívar. Los congresos también fracasaron porque, desde 1826, el peligro de perder la independencia a manos de potencias europeas parecía alejarse cada vez más. Además, ya no había un líder impulsor del proceso de integración como lo había sido Bolívar.

La Unión Panamericana como proyecto de EEUU para consolidar una hegemonía en la región

Hacia fines del siglo XIX, Estados Unidos impulsó el panamericanismo como uno de los instrumentos para dar pelea a otras potencias en la región, fundamentalmente a Gran Bretaña –pero también a otras potencias europeas–, que hasta la primera guerra mundial mantenía la primacía en el comercio y las inversiones en América del Sur. La iniciativa del Secretario de Estado James Blaine de convocar a la Primera Conferencia Panamericana respondía a las necesidades de los grandes exportadores estadounidenses que querían ampliar sus mercados externos (para lo cual eran necesarias la disminución de las barreras aduaneras, mejores transportes y comunicaciones, y un sistema financiero con más presencia estadounidense para facilitar las transacciones, entre otros) y de los capitalistas vinculados a la actividad financiera, que querían ampliar los préstamos y las inversiones en América Latina, y fomentar la instalación de sucursales de sus bancos. Pero respondía, también, a una necesidad estratégica: afirmar la uni-

dad –bajo la hegemonía estadounidense–, del continente americano, que incluyera formas de resolver los litigios, de llegar a acuerdos de paz, de establecer la defensa continental y de repeler potenciales ataques extracontinentales. Era la puesta en práctica, en algún sentido, de la vieja doctrina Monroe.

El proyecto panamericano impulsado por EEUU, antecedente de la organización que en la segunda posguerra dio origen a la OEA y al TIAR, fue el objeto de estudio de mi tesis doctoral y de mi libro *Vecinos en Conflicto*. Allí analizamos en detalle las primeras 10 conferencias panamericanas. Veamos ahora, a modo de ejemplo, qué ocurrió en la primera, realizada en Washington en 1889-90, que fue fundamental para entender las tensiones que atravesaban las distintas posibilidades de integración continental.

El proyecto panamericano impulsado por la Casa Blanca a partir de la reunión de Washington intentó incrementar el comercio interamericano y a la vez hallar soluciones a los conflictos que involucraban a los países del hemisferio, como forma de establecer una mayor injerencia en América Latina, y de erosionar la influencia europea, de modo de afianzar la doctrina Monroe. Respondió además, como ya dijimos, a las necesidades de los grandes capitalistas del país del Norte, que paulatinamente ampliaban sus inversiones en otros países americanos. No es casual, entonces, que la delegación de Blaine estuviera integrada mayoritariamente por grandes industriales y financistas. El objetivo de Washington de concretar su viejo proyecto

panamericano cobraba una especial significación en el contexto del último cuarto de siglo, de consolidación de su expansión económica y de su disputa con Gran Bretaña, Alemania, Francia, Italia y Bélgica por acrecentar los intereses económicos, políticos y estratégicos en América Latina, constituyéndola en su “área de influencia”. Se concretó, además, cuando había algunos proyectos de articulación a través de los congresos latinoamericanos (Colombia y Venezuela habían propuesto reanudarlos) y de reconstruir viejos lazos con España y Portugal, a partir de una Unión Iberoamericana, en el marco del cuarto centenario de la llegada de Colón a América. Ésta es una de las razones por las que la prensa europea reaccionó en general con abiertas críticas a la Conferencia de Washington y, tras su finalización, habló de rotundo fracaso. Lo calificaron de un congreso anti-europeo.

El resultado más significativo para Estados Unidos fue el hecho de haber concretado la conferencia, que sería la piedra fundamental del proceso panamericano que se desarrollaría en las siguientes décadas y que había logrado imponerse sobre otros congresos iberoamericanos y latinoamericanos, en los que el país del Norte hubiera quedado excluido. Se constituyó, en ese sentido, la Unión Internacional de las Repúblicas Americanas, que bajo la dirección de la Oficina Internacional (o Comercial) de las Repúblicas Americanas constituiría luego la Unión Panamericana.

Entre todas las delegaciones latinoamericanas participantes, la Argentina tuvo en esta oportunidad el papel más

relevante. Su objetivo, desde el inicio, fue dificultar lo más posible cualquier proyecto que planteara Blaine. La economía, fundamentalmente, explicaba los desacuerdos con el país del Norte y, en este aspecto, la élite argentina optó por proteger el vínculo privilegiado con Europa y en especial con Gran Bretaña. Roque Sáenz Peña y Manuel Quintana, representantes argentinos y futuros presidentes, supieron aprovechar la falta de experiencia y las contradicciones internas de sus pares estadounidenses para hacer que fracasaran la mayoría de las iniciativas impulsadas por el secretario de Estado. Según el balance de Sáenz Peña, la posición previa de los países participantes en la conferencia auguraba un panorama poco favorable para Argentina: Brasil obedecía a Blaine para conseguir su apoyo en el arbitraje por Misiones, Uruguay había terminado votando por el secretario de Estado para la presidencia de la conferencia, Perú tenía deudas con él luego de su enfrentamiento con Chile, Colombia debía respetar a Estados Unidos por el tratado de neutralidad del istmo de Panamá, Venezuela buscaba el apoyo de la Casa Blanca por su disputa con Inglaterra por Guayana, Centroamérica se resentía por su debilidad y México actuaba con timidez.

Sin embargo, la delegación argentina logró en los meses que duró la conferencia revertir esa pasividad general y la sumisión frente al creciente poderío estadounidense. Esto trajo prestigio y reconocimiento a Argentina entre los demás países latinoamericanos y además potenció las figuras de sus representantes.

Argentina, por esos años y al igual que otros países sudamericanos, consolidaba una economía agroexportadora más competitiva que complementaria con la potencia del Norte. La reacción ante el proyecto panamericano de EEUU, entonces, fue oponerse a toda “integración”, cosa que logró admirablemente ya que la conferencia fue un gran fracaso, al menos en términos de las expectativas previas. El recurso retórico del “antiimperialismo” esbozado en distintos momentos por los enviados argentinos, sin embargo, no era más que la máscara de una dependencia cuyos socios mayores se encontraban en Europa. En esta conferencia panamericana, la postura argentina era una manifestación de las contradicciones estructurales entre las economías argentina y estadounidense.

La delegación argentina operó, en parte, como agente inglés-europeo en el continente, aun cuando sus representantes decían estar defendiendo los intereses nacionales. Por eso no hay que confundir estas posturas antinorteamericanas de los representantes de la oligarquía argentina con posturas antiimperialistas y autonómicas. ¿Qué querían los delegados argentinos en esta primera conferencia? Impedir todo avance concreto de Washington en el continente y, a la vez, presionar para que se abriera el mercado estadounidense para los exportadores de lanas argentinos. La lana era por esos años una de las principales exportaciones nacionales, pero no hacia el mercado estadounidense, que estaba protegido. La oposición a la unión aduanera propuesta por el país del Norte

no se explicaba por ningún tipo de postura que tendiera a proteger la producción industrial local, sino que tenía por objeto presionar para profundizar el libre comercio, clave en la inserción económica internacional agroexportadora que protagonizaba el país del Sur. Por eso, la delegación argentina, sabiendo de las dificultades de su país para ampliar su participación en el mercado estadounidense, operaría como obstaculizador de las propuestas estadounidenses. El lema de “América para la Humanidad”, esgrimido por Sáenz Peña, podría leerse como “América con Europa”, claramente contrario a la “América para los (norte) americanos”, propuesto varias décadas antes por Monroe y reactualizado en la última década del siglo XIX.

Así interpretaba José Martí, corresponsal del diario argentino *La Nación*, el meollo de la problemática que se desarrollaba en Washington:

De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia, por boca de sus estadistas, en la prensa y en el púlpito, en el banquete y en el congreso, mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del istmo abajo, y de otra están los pueblos de origen y fines diversos, cada día más ocupados y menos recelosos, que no tienen más enemigo real que su propia ambición, y la del vecino que los convida a ahorrarse el trabajo de quitarles mañana por la fuerza lo que le pueden dar de grado ahora.²

El cubano, a diferencia de la delegación argentina, expresaba sus juicios sobre

las iniciativas estadounidenses desde una posición antiimperialista y latinoamericanista. Aun teniendo en claro que su objetivo era lograr la independencia de España, ya era plenamente consciente de que había que evitar el otro imperialismo que acechaba sobre Cuba y el resto de América Latina: Estados Unidos. No planteaba recostarse en una potencia imperial para limitar a la otra.

La Unión Panamericana siguió desarrollándose, a medida que crecía la influencia de EEUU en el continente y el mundo, y declinaba la Europea, y en particular la inglesa. Ese éxito relativo de Argentina en obstaculizar la mayor parte de los proyectos de EEUU, luego se fue desvaneciendo. Los países latinoamericanos dependían cada vez más de la economía estadounidense. En general, tendían a subordinarse a las políticas del Departamento de Estado, a cambio de recibir apoyo financiero o que sus exportaciones accedieran en mejores condiciones al mercado estadounidense. Tras la segunda guerra, EEUU se constituyó como potencia indiscutida en Occidente, y transformó la UP en la OEA, y además logró inéditos acuerdos militares continentales como fue el Tiar, antecedente de la Otan. Además, la guerra fría tuvo cada vez más trascendencia en las relaciones interamericanas, en particular a partir de la XCP, en la cual se establecieron sanciones contra Guatemala, lo cual generó condiciones diplomáticas para avanzar con el golpe de estado de Castillo Armas contra Arbenz en 1954, abandonándose así las dos décadas de pretendida “buena vecindad”.

Otros proyectos de integración latinoamericana (OPA, Alalc, Aladi) y las propuestas de EEUU (Alpro)

Desde el inicio de la *guerra fría*, y más todavía bajo las dos presidencias de Eisenhower, la potencia del norte amplió su concepción de la “seguridad nacional”, que pasaba a abarcar el mundo entero, donde fuera que hubiese una empresa estadounidense.

En el caso de América Latina, la mayor atención del gobierno de Eisenhower (a diferencia de su antecesor Truman), implicó que esta región se viera aún más afectada. Estados Unidos promovió el liberalismo económico, a través del autoritarismo político, de gobiernos afines a los intereses de los capitalistas del país del norte. Eso generó una nueva oleada de sentimiento anti-yanqui en el sur del continente americano, que se manifestó, por ejemplo, durante la gira del vicepresidente Richard Nixon, en mayo de 1958. Nixon sufrió diversas hostilidades en Argentina, Uruguay, Ecuador, Colombia, Perú y Venezuela. En Caracas, debió ser virtualmente rescatado por naves de guerra y compañías aerotransportadas estadounidenses.

La Revolución Cubana, por su parte, marcó un antes y un después en la relación Estados Unidos-América Latina. El gobierno de Eisenhower, y luego los de Kennedy y Johnson, ensayaron distintas estrategias para desestabilizar a los revolucionarios cubanos: desde las sanciones económicas –hasta llegar al bloqueo–, las diplomáticas –la expulsión de Cuba de la

OEA-, las terroristas –el apoyo a los contrarrevolucionarios cubanos y las acciones encubiertas de la CIA para asesinar a Castro- y las militares –fundamentalmente la invasión a Bahía de Cochinos, orquestada por la CIA-. En forma paralela, y para evitar la proliferación del (mal) ejemplo cubano, Kennedy lanzó la “Alianza para el Progreso”. Ese plan de ayuda para América Latina no implicó de ninguna manera el abandono a las formas “clásicas” del intervencionismo militar estadounidense en el continente. Éste se incrementó en la década de 1960: desde el apoyo y/o impulso a golpes militares –el más destacado fue el de Castelo Branco contra João Goulart, en Brasil, en 1964- hasta las intervenciones militares –como el desembarco de más de 20000 marines en República Dominicana, en 1965, con la excusa de evitar la instalación de otro régimen similar al cubano-. El sistema interamericano fue utilizado por el Departamento de Estado, a lo largo de estos años, para apoyar esta política intervencionista. Así, por ejemplo, se acordó la expulsión de Cuba de la OEA, o la creación de la Junta Interamericana de Defensa (JID), en diciembre de 1960, punta de lanza, junto al Colegio Interamericano de Defensa, para establecer lo que se dio en llamar una “academia de golpes de Estado”, es decir una usina desde la que se alentó la intervención de las Fuerzas Armadas nacionales para abortar proyectos políticos que interfirieran con los intereses de Washington.

¿Cómo fue la relación argentino-brasilera en este período? En los años '50, Perón retomó una vieja idea para constituir

un área de libre comercio en el Cono Sur, que no pudo prosperar pese al apoyo del propio presidente brasileño, Getulio Vargas. La tradicional pugna de ambos países por el protagonismo en el Cono Sur, más la influencia estadounidense fueron obstáculos suficientes para que no se concretaran esas aproximaciones. Sin embargo, también en los años '50 aparecerían en Brasil algunos sectores nacionalistas, como el expresado por Helio Jaguaribe, que insistirían en la importancia del eje Brasil-Argentina para negociar conjuntamente con el país del norte. Hacia 1958, y ya bajo los gobiernos de Frondizi y Kubitschek, surgió la propuesta de la Operación Panamericana (OPA) que tenía un doble objetivo: político –debido a la necesidad de salvaguardar los gobiernos democráticos y constitucionales en América del Sur- y económico –conseguir el apoyo financiero externo que posibilitara la industrialización, tal como la preveía el desarrollismo-. Esto último es lo que distinguía las concepciones de la OPA de la Alianza para el Progreso, con un énfasis más asistencialista.

Al analizar los intentos de integración regional a partir de ese entonces, se destacan, entre 1960 y 1980, la creación de la Alalc, la firma del Tratado de la Cuenca del Plata, la constitución del Sistema Económico Latinoamericano y la conformación de la Aladi, todos proyectos que por distintos motivos no prosperaron. El auge de los gobiernos dictatoriales parece haber sido uno de los causales de la mayor relucancia a la integración latinoamericana. El nacionalismo territorial impulsado por las dictaduras, incluso hizo que en algunas

oportunidades se incrementaran las tensiones entre países hermanos: Argentina y Chile estuvieron casi en guerra en 1978.

Estados Unidos, por su parte, bloqueó la posibilidad de que se materializara una integración latinoamericana o bien sudamericana en la que quedaría excluida. La OEA, sin Cuba, fue la instancia interamericana que le dio a la potencia del norte cobertura para avanzar diplomáticamente en función de los intereses del Departamento de Estado.

Alca: el proyecto de tras el final de la guerra fría

El final de las dictaduras en América Latina renovó el impulso para retomar los viejos proyectos de integración del Cono Sur. El proyecto del Mercosur surgió a mediados de la década de 1980, y se materializó a principios de la década siguiente. Más rápido que tarde, debió convivir, contradictoriamente, con el Área de Libre Comercio de las Américas (el Alca), proyecto que era impulsado Estados Unidos para profundizar el predominio económico sobre el continente.

El Alca fue el proyecto de EEUU para consolidar su dominio en la región, tras el fin de la Guerra Fría. Se lanzó justo cuando entraba en vigencia en Mercosur, y cuando España lanzaba las Cumbres Iberoamericanas, en el marco del V Centenario del desembarco de Colón.

En términos generales, el proyecto del Alca se enmarcaba en las tres contradicciones principales del capitalismo contemporáneo: la contradicción capital-

-trabajo, la contradicción entre países centrales y países dependientes y la contradicción entre distintas potencias a nivel mundial por el dominio del llamado Tercer Mundo (en este caso, América Latina). El Alca hubiera implicado un avance del capital sobre el trabajo. Al mismo tiempo, hubiera profundizado la dependencia de los países latinoamericanos. Por último, esta dependencia se hubiera profundizado en relación a Estados Unidos, en disputa con otras potencias europeas y asiáticas.

En primer lugar, otorgando mayor movilidad a los capitales y a las mercancías, pero no así a la fuerza de trabajo, el capital hubiera tenido mejores condiciones para explotar al trabajo. El Nafta, antecedente del Alca, afectó los reclamos sindicales en Estados Unidos y cómo los empresarios de ese país amenazaron a sus trabajadores con relocar las empresas en México, donde las condiciones de trabajo eran muchos más duras y los salarios más bajos. Las inversiones extranjeras que llegaron a México, por otra parte, se orientaron al sector de las maquilas, meras industrias de ensamblaje orientadas a la exportación, que no hicieron sino profundizar el trabajo informal, precario y flexible. En el caso de América del Sur, y de Argentina y Brasil en particular, la apertura comercial hubiera llevado al cierre de las empresas locales que no pudieran competir con las estadounidenses o con las exportaciones de las maquilas mexicanas –también, mayoritariamente, de capitales estadounidenses–, lo cual hubiera aumentado las por entonces elevadas tasas de desocupación y subocupación, presionando

a los trabajadores ocupados con un mayor ejército de reserva y, por lo tanto, peores condiciones para luchar por sus derechos laborales. Además, al quitarle al estado herramientas para intervenir y para eventualmente establecer regulaciones laborales, un acuerdo como el Alca hubiera flexibilizado aún más las condiciones laborales. La década de 1990 ya demostró cabalmente tanto en Brasil como en Argentina que la afluencia de capitales extranjeros no era sinónimo de desarrollo ni mucho menos de mejoramiento de las condiciones de vida para la mayoría de los trabajadores. Más bien trajo desocupación, subocupación, aumento de la flexibilidad laboral y del trabajo en “negro” y niveles de pobreza e indigencia inéditos. Es por esto que el movimiento obrero organizado de cada país fue tomando conciencia de las consecuencias que hubiera tenido un acuerdo de este tipo y organizó distintas resistencias frente al Alca, tanto a nivel nacional –y en forma coordinada con otros actores sociales- como continental (Coordinadora de Centrales Sindicales del Cono sur, Alianza Social Continental) y mundial (Foro Social Mundial).

En segundo lugar, el Alca respondía a la necesidad de Estados Unidos de ejercer un dominio y una explotación más acabada y con el aval institucional que hubiera cristalizado una realidad que se venía plasmando en las últimas décadas. El proyecto del Alca se inscribía en un proceso de largo plazo que, desde fines del siglo XIX, muestra cómo Estados Unidos intentó consolidar a nivel político, jurídico y militar la superioridad económica y la hegemonía que

mantuvo en la región, aún en disputa con otras potencias y con Europa en particular. Estados Unidos, para lograr consolidar su amplio “patrio trasero”, precisaba avanzar en el viejo proyecto de unión aduanera panamericana –que se le negaba hacía más de un siglo, desde el primer intento en la Conferencia de Washington de 1889– y, fundamentalmente, obturar cualquier proceso de integración alternativa como el Mercosur, el Pacto Andino o la Comunidad Sudamericana de Naciones. No es casual que el Alca fuera lanzado en el marco del *Consenso de Washington* y cuando Brasil y Argentina, los “gigantes” del sur, estaban iniciando un proyecto de unión sudamericana. El ascenso de Chávez en Venezuela, su radicalización política y su permanente intento de retomar el viejo proyecto de Bolívar, a partir de su propuesta de Alba, encendieron una luz de alarma en el gobierno estadounidense. Más aún cuando, en la XV Cumbre Iberoamericana, se anunció que Venezuela se iba a incorporar como miembro pleno del Mercosur en diciembre de 2005. Como en los últimos dos siglos, la capacidad de Estados Unidos para establecer un dominio sobre América Latina dependía de que no se constituyera una integración latinoamericana o sudamericana que se resistiera a aceptar los mandatos de la potencia del norte. El Alca hubiera sido un instrumento fundamental para abortar esa alternativa y para aislar a Venezuela y Cuba, por ese entonces los vecinos más díscolos del continente, consolidando la dependencia de los países latinoamericanos.

En tercer lugar, la concepción del Alca respondía a la necesidad de Estados

Unidos y sus capitales más concentrados de competir con los otros bloques económicos y/o políticos. Estados Unidos, con el Alca, pretendía contrarrestar el proceso de conformación de bloques en Europa y Asia, estableciendo un área donde su hegemonía se consolidara. Por su creciente déficit comercial y fiscal y por su excesivo endeudamiento, Estados Unidos necesitaba revertir ciertas tendencias económicas de los últimos años. Los sectores financieros, los grandes exportadores y las empresas estadounidenses más concentradas eran las bases de apoyo del Alca. Este acuerdo respondía a la necesidad del capital estadounidense de apropiarse de un área históricamente disputada con Europa, consolidando la supremacía del dólar. Este acuerdo hubiera profundizado las condiciones del capital para explotar el trabajo y del capital estadounidense frente al de otros países, lo cual era clave cuando la Unión Europea estaba en pleno proceso de expansión y nuevas potencias como China venían estableciendo importantes acuerdos comerciales con la región en los últimos meses. El Alca hubiera otorgado mejores condiciones al capital estadounidense para avanzar, en América Latina, frente al europeo y asiático.

¿Qué hubiera ocurrido en América Latina de concretarse el acuerdo de libre comercio? El Alca hubiera permitido una apertura comercial sin precedentes, una liberalización de la actividad financiera y una privatización en áreas sensibles como la salud y la educación, que hubieran llevado a disminuir aún más la capacidad de los estados latinoamericanos de establecer

políticas económicas para el desarrollo. La constitución del Alca hubiera llevado a una reprimarización de las economías latinoamericanas y a una consolidación de las políticas económicas establecidas en los años noventa, profundizando el proceso de desindustrialización, concentración y extranjerización que había afectado a muchos países de la región. Hubiera ampliado las áreas bajo el dominio del capital estadounidense (el más concentrado), al mismo tiempo que restringido los instrumentos de los estados para aplicar políticas económicas que pudieran regular el mercado.

El objetivo del Alca no era sólo económico. Este acuerdo hubiera permitido a Estados Unidos, además, avanzar en el control geopolítico y militar de Latinoamérica –Plan Colombia, Plan Puebla-Panamá, inmunidad y bases militares estadounidenses en varios países-. Por eso las organizaciones sociales y políticas que se oponían al Alca y a los demás acuerdos de libre comercio señalaban que el Alca venía de la mano de la militarización y la deuda externa. El Alca hubiera acentuado la dominación financiera sobre los países latinoamericanos, quitándoles herramientas para negociar en forma conjunta el cada vez más acuciante problema de la deuda externa, al mismo tiempo que hubiera favorecido el traspaso de la banca pública a manos privadas (con el consiguiente riesgo para muchos pequeños y medianos productores agropecuarios de perder sus tierras, por ejemplo en la Argentina, en donde tenían hipotecadas millones de hectáreas en bancos públicos) y la extranjerización del

sistema financiero, como había ocurrido en México tras la firma del Nafta.

El Alca fracasó no sólo por las contradicciones entre las economías de EEUU y de América latina, sino también por la gran resistencia social y popular (Alianza Social Continental, Foro Social Mundial Porto Alegre, Autoconvocatorias No al Alca, Contracumbres...). Su inviabilidad está estrechamente relacionada con los alzamientos populares que, en distintos países de América Latina, voltearon a los gobiernos que habían implementado profundas reformas neoliberales. En ese marco se entiende la Cumbre de Mar del Plata 2005, aunque el posicionamiento de Venezuela, a nuestro juicio, difería del de los países del Mercosur que lo secundaron.

El Mercosur

La caída del Muro y la disolución de la Unión Soviética marcaron el fin del mundo bipolar, luego de cuatro décadas. En América Latina, las salidas de las dictaduras derivaron en la llamada “década perdida”. Con el contexto crítico generado a partir del endeudamiento externo y las crisis económicas internas, sumado al acercamiento político y económico entre Brasil y Argentina tras la guerra de Malvinas y el retorno de la democracia en ambos países, se allanó el camino para el acercamiento definitivo entre los “gigantes” del Cono Sur. Así, se profundizó la confluencia entre ambas naciones, después de años de recelos y conflictos, muchos de ellos alentados por Estados Unidos para evitar la constitución de un polo regional común en

el Sur. Desde los acuerdos entre Alfonsín y Sarney, se reflataron los viejos anhelos sudamericanos de integración y se firmó, en noviembre de 1985, la “Declaración de Iguazú”, que sería la piedra fundamental del Mercosur. Luego se avanzó a través de distintos acuerdos hasta que, en marzo de 1991, los mandatarios de Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay firmaron el Tratado de Asunción y fijaron la fecha de nacimiento del Mercosur. En los años siguientes se fue conformando, entonces, el Mercosur, que entre países miembros y asociados constituyó un verdadero bloque económico mundial, con más de 200 millones de habitantes y un producto bruto común cercano al 4% del PBI mundial.

Pese a la potencialidad de este proyecto de mercado común, varios fueron los obstáculos que impidieron la consolidación y la profundización de la integración vía Mercosur: la vulnerabilidad externa de Brasil y Argentina (ambas naciones fuertemente endeudadas y sometidas a constantes incursiones por parte de los fondos especulativos volátiles), las disputas comerciales (en distintos rubros como automotores, “línea blanca”, textiles, arroz, etc.), la política exterior impulsada por el gobierno de Menem, que dejaba en segundo lugar la integración latinoamericana, y una concepción estrechamente comercialista y al servicio de las multinacionales, sin una perspectiva siquiera más amplia del desarrollo en el mediano y largo plazo.

El Mercosur se estableció en un contexto en el cual predominaba en América Latina la política económica impulsada por el llamado *Consenso de Washington*.

Fue concebido a principios de la década del '90 como parte de una inserción internacional que, en lo político, respondía al “realismo periférico”, mientras en lo económico apuntaba al “regionalismo abierto”. Ambas perspectivas iban en consonancia con las políticas neoliberales que primaban en la región, de acuerdo con un proceso de globalización que no parecía no dejar lugar a políticas y proyectos nacionales o regionales. El desarrollo del Mercosur se vio limitado al haber sido presa de las concepciones “neoliberales” imperantes en el Cono Sur en ese período. El proceso del Mercosur muestra las limitaciones de una concepción de la integración exclusivamente comercialista y al servicio no de los intereses de las mayorías, sino de los capitales más concentrados.

Aún en el nuevo contexto político latinoamericano del siglo XXI, el Mercosur no logró cambiar las bases sobre las que se construyó, ni superar los límites y debilidades ya descriptos, por lo cual permanentemente se ve sometido a crisis entre sus socios mayores, y también a amenazas de sus socios menores de abandonar el bloque. La integración de Venezuela, que pareció vislumbrar un relanzamiento del bloque, tampoco significó una reversión de las tendencias que describimos.

La teoría que sustentó el Mercosur fue de carácter estrictamente comercialista, como mero trampolín para la apertura de una economía *exodirigida*. Compartimos el diagnóstico de Claudio Katz, cuando sintetiza críticamente su caracterización del bloque regional:

El futuro del Mercosur, decía Katz hace 5 años, está sujeto al giro que procesan las clases dominantes de Sudamérica. Los grupos capitalistas locales que emergieron con mayor poder de las últimas crisis intentan amoldar la asociación a sus intereses específicos. Agrupan a fracciones concentradas del empresariado regional, mantienen fluidas conexiones con las grandes empresas extranjeras y ejercen una significativa influencia en las finanzas y la agroexportación. Estos sectores buscan adecuar el Mercosur a sus prioridades. Promueven un desarrollo hacia fuera que jerarquiza la especialización en materias primas e insumos industriales, ya que pretenden compensar con exportaciones la contracción de los mercados internos. Como aspiran a conseguir un lugar en la competencia global, han archivado el viejo esquema de sustitución de importaciones e industrialización hacia adentro” (Katz, 2006, p. 49).

¿Puede el Mercosur, en la actualidad, cobrar otro carácter? Ese es uno de los interrogantes que debería discutirse, según mi opinión, en el marco de este congreso. Hoy, a casi dos décadas de su creación, todavía no logró pasar a de una estrategia de “integración negativa” a una “positiva”. O sea de una estrategia de supresión de aranceles, restricciones cuantitativas y demás obstáculos al intercambio y la libre competencia, a una que implique una real coordinación de la integración económica y de políticas de desarrollo a mediano y largo plazo.

La Unasur y Alba

El 8 de diciembre de 2004, representantes de 12 países americanos se reunieron en Cusco, Perú, para fundar la Comu-

nidad Sudamericana de Naciones (CSN). Esta nueva instancia para una futura integración continental quedó conformada por los miembros plenos del Mercosur –Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay–, los países de la Comunidad Andina de Naciones –Colombia, Venezuela, Bolivia, Ecuador y Perú–, más Chile, Surinam y Guayana. Esta nueva Comunidad se creó justo cuando la oposición al Alca cobraba fuerza en la región. El mayor impulso inicial giró en torno a las obras de infraestructura acordadas, que incluían rutas, puentes, centrales hidroeléctricas y gasoductos, e implicaban inversiones por 4.500 millones de dólares hasta 2010. El financiamiento de estas obras llegaría por intermedio del BID, el Banco Mundial e inversores privados. Si bien luego no se realizaron demasiados avances significativos, se planteó la necesidad de proponer a futuro la creación de una moneda común, un Parlamento y tribunales de justicia para resolver las controversias comerciales que pudieran surgir entre los países miembros. Esta nueva instancia, ya en su fase inicial, tenía una gran potencialidad. Una organización de estas dimensiones tendría una población de más de 360 millones de habitantes, una superficie de 17.658 kilómetros cuadrados, la mayor producción mundial de alimentos, la mayor reserva de agua dulce, el 5% de las reservas mundiales de gas y el 11% de las de petróleo. Sin embargo, en un bloque de esas características, en sus inicios se destacaban muchos elementos de gran precariedad: la región contaba en ese entonces con índices de pobreza e indigencia elevadísimos (222 millones de pobres, 96

millones de indigentes), con una deuda externa de 315.580 millones de dólares y con una inflación promedio de 9% anual, entre otros indicadores preocupantes.

Con toda la potencialidad que podría tener una integración de estas características, que surgió a instancias de Brasil y como forma de contrarrestar la ofensiva estadounidense para instaurar el Alca en 2005, la realidad mostró que la CSN nació con serias limitaciones. El hecho de que convivan proyectos y perspectivas tan disímiles en América Latina, dificultó y dificulta la convergencia política, económica y estratégica para analizar cuál sería la mejor forma de integración. La Casa Blanca, a través de las negociaciones bilaterales que fue manteniendo con distintos países sudamericanos, logró que muchos gobiernos se mostrasen renuentes a participar activamente y tener demasiadas esperanzas en un tipo de integración que podría plantearse como alternativa a los intereses estadounidenses en la región. De alguna manera, aunque con mayor dificultad que en otros momentos, Estados Unidos logra mantener la amenaza de “balcanización latente” que históricamente impidió la conformación de la gran América soñada por Bolívar.

El 29 y 30 de septiembre de 2005 se realizó en Brasil la primera cumbre de la CSN, que avanzó con la idea de establecer un área de libre comercio, y en la cual se acordó impulsar una Red de Gasoductos del Sur y la creación de Petroamérica, a partir de las principales empresas petroleras, incluyendo PDVSA y Petrobras. También se avanzó con la idea de cons-

truir una mejor infraestructura vial, todos proyectos que se financiarían mediante el Banco Nacional de Desarrollo de Brasil y la Corporación Andina de Fomento, para, según se planteó, dejar de depender de los organismos internacionales de crédito como el BID, el FMI y el BM. Sin embargo, la cumbre no tuvo la trascendencia que se esperaba y casi zozobró cuando el presidente venezolano amenazó con no firmar la declaración final, por no haber sido ésta discutida por los presidentes presentes y por no haberse tocado algunos de los temas considerados claves (desarrollo, combate a la pobreza y el analfabetismo, organización de una estructura financiera regional etc.).

En abril de 2007, los presidentes sudamericanos decidieron renombrar la CSN, que pasó a ser la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), organismo integrado por 12 países de la región. El tratado constitutivo de la nueva organización se firmó en mayo de 2008 en Brasilia. Uno de sus lemas es “integración para un desarrollo justo”. La presidencia estuvo a cargo primero de Bachelet, luego de Correa y de Kirchner, hasta su muerte. Este espacio, aún con poco desarrollo debido a su reciente creación, se planteó como una instancia política alternativa a la OEA. Aun en proceso de constitución, esta organización no muestra demasiadas características que la distingan, en los puntos esenciales, de la orientación y las tensiones presentes en el proyecto de la CSN. De todas formas, ha servido para fortalecer la posición de Evo Morales cuando la oposición intentó desestabilizarlo e inducir a un golpe separatista

o cuando se concretó la agresión militar de Colombia contra Ecuador, y también como instancia alternativa a la desprestigiada OEA, para atender conflictos regionales, sin la omnipresencia estadounidense. Sirvió para intentar contrarrestar el golpe en Honduras, o para frenar el intento golpista de la policía ecuatoriana.

En la actualidad, es una instancia alternativa para discutir posibles medidas latinoamericanas frente a la crisis económica mundial. Se está avanzando en la conformación del Banco del Sur, aunque no lo integren todas las naciones que constituyen la Unasur.

En los últimos años, además, se suman a la Unasur otras instancias de integración latinoamericana como el ampliado Grupo Río o la Conferencia de América Latina y el Caribe (Calc). Recientemente, en febrero de 2010 se produjo la creación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), instancia que implica una “OEA latinoamericana”, un organismo en ciernes que reúne a 33 países del continente, incluyendo a Cuba y excluyendo a EEUU y Canadá.

Venezuela y el Alba. Sin lugar a dudas, uno de los actores que más peso ha cobrado últimamente en las diversas cumbres presidenciales e instancias de discusión regional y multilateral es Venezuela. Ya sea en la ONU, la OEA, la CSN, Unasur, las Cumbres Iberoamericanas, el Mercosur o las Cumbres de las Américas, el presidente Chávez aprovechó para impulsar a los demás mandatarios latinoamericanos a profundizar la política de confrontación para con Estados Unidos. Venezuela es uno de los países que ha liderado la opo-

sición al Alca y, junto a Cuba, ha presentado un proyecto de “integración” propio, el Alba. La Alternativa Bolivariana para las Américas es el nombre del proyecto presentado a fines de 2004 por el presidente Hugo Chávez para contrarrestar la ofensiva estadounidense por el control de la región.

A diferencia de otros proyectos, el Alba se plantea abiertamente como una opción para confrontar con el proyecto estadounidense:

La Alternativa Bolivariana para América Latina y El Caribe (Alba) es una propuesta de integración diferente. Mientras el ALCA responde a los intereses del capital trasnacional y persigue la liberalización absoluta del comercio de bienes y servicios e inversiones, el ALBA pone el énfasis en la lucha contra la pobreza y la exclusión social y, por lo tanto, expresa los intereses de los pueblos latinoamericanos. El ALBA se fundamenta en la creación de mecanismos para crear ventajas cooperativas entre las naciones que permitan compensar las asimetrías existentes entre los países del hemisferio. Se basa en la cooperación de fondos compensatorios para corregir las disparidades que colocan en desventaja a los países débiles frente a las primeras potencias. Por esta razón la propuesta del ALBA le otorga prioridad a la integración latinoamericana y a la negociación en bloques sub-regionales, abriendo nuevo espacios de consulta para profundizar el conocimiento de nuestras posiciones e identificar espacios de interés común que permitan constituir alianzas estratégicas y presentar posiciones comunes en el proceso de negociación. El desafío es impedir la dispersión en las negociaciones, evitando que las naciones hermanas se desgajen y sean absorbidas por la vorágine con que viene presionándose en función de un rápido acuerdo por el ALCA.³

Para afianzar la integración en Sudamérica, Chávez propuso la asociación de las petroleras de cada país para formar Petrosur, crear un banco regional –Bansur– con las reservas de cada país, avanzar con acuerdos comerciales entre la Comunidad Andina de Naciones y el Mercosur, y avanzar con proyectos de integración cultural y de comunicación, como Telesur. Si bien se empezaron a materializar algunos de estos proyectos, en realidad el ALBA es hasta el momento una iniciativa de algunos países (Cuba, Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua, entre otros centroamericanos y del Caribe), sin mucho mayor apoyo de otros gobiernos, aunque sí fue tomado como bandera por numerosas organizaciones de la sociedad civil de distintos países latinoamericanos, que discuten las propuestas del proyecto venezolano, presentado en forma masiva en el Foro Social Mundial de Porto Alegre, en 2005. El Alba tiene como desafío ser el puntapié para pensar en una integración al servicio de los proyectos antiimperialistas y socialistas. Imaginado en términos de esperanza, amanecer o alborada, sólo hará cumplir las expectativas enunciadas en tanto se desenvuelva como un proyecto revolucionario en la región. Para ello, debe impugnar no sólo el libre comercio y las políticas neoliberales, sino recuperar el legado antiimperialista que plantearon los revolucionarios latinoamericanos a principios del siglo XIX.

Esta posible integración, enmarcada en el movimiento continental que plantea que “Otra América es posible”, parte de criticar la “integración” neoliberal, que prioriza la liberalización del comercio y las

inversiones, y propone una integración en función de la solución de los problemas que aquejan a las mayorías populares (pobreza, indigencia, explotación, analfabetismo, desigualdad, subdesarrollo, deterioro ambiental, endeudamiento externo). Criticada por “idealista”, este tipo de integración propone construir una agenda económica independiente de los intereses de los capitales más concentrados y de los dictados de los organismos internacionales de crédito.

Conclusiones

La dificultad de Estados Unidos para imponer su proyecto del Alca, a principios del siglo XXI, es uno de los signos de los complejos tiempos actuales. Esa cumbre de presidentes de la región fue el escenario donde se terminó de confirmar el fracaso del plan estadounidense, y en el cual el país del norte debió cambiar de estrategia en la región (de un acuerdo macro, como el Alca, se pasó a impulsar Tratados de Libre Comercio bilaterales con algunos países). Esto fue posible, entre otras cosas, por un cambio en la correlación de fuerzas en el continente. Mientras que en la III Cumbre de las Américas, realizada en 2001, sólo el gobierno venezolano había enfrentado la aspiración estadounidense de concretar el Alca, en Mar del Plata fueron cinco los países que se opusieron a firmar la declaración impulsada por Washington, que contenía una mención al Alca, y entre ellos los tres más con mayores PBI de Sudamérica (Brasil, Argentina y Venezuela). Sólo coordinando sus políticas exteriores, y alentando una integración alternativa, los

países latinoamericanos pueden enfrentar los designios de Estados Unidos y otras potencias extracontinentales.

En los últimos años, el Mercosur se vio jalonado por diversas crisis entre sus socios mayores, y Argentina fue perdiendo posiciones frente a su poderoso vecino. Es preciso reconfigurar la lógica anterior en la que primaba una visión de la “integración” limitada a los acuerdos comerciales (en crisis cada vez que se produce un desbalance sectorial o una devaluación en las monedas de sus socios mayores) y orientada por las multinacionales instaladas en la región. Brasil, Argentina, Venezuela, México y los demás países de la región deberían sentarse a coordinar políticas económicas, que incluyan qué tipo de relaciones deben establecerse con las principales potencias, y que establezcan un horizonte de desarrollo más amplio, y no limitar las negociaciones y las discusiones bilaterales a las disputas comerciales por intercambios desequilibrados entre distintos sectores.

El dilema es crucial para el futuro de América Latina toda. El complejo mundo multipolar y la crisis económica actual en EEUU, Europa y Japón permiten plantearse alternativas que apunten al desarrollo vinculado con los países de la región, manteniendo una posición equidistante con las potencias mundiales que permita un mayor margen de autonomía. En este marco, la disputa por Latinoamérica se transforma en un capítulo esencial en la estrategia norteamericana y en la reacción europea y de otras potencias. Los países de la región tienen, en los próximos años, el desafío de intentar una integración la-

tinoamericana para lograr un crecimiento autosostenido que redunde en beneficios para el conjunto de su población. Esto, por cierto, dista mucho de buscar unirse con el solo objeto de negociar en mejores condiciones la subordinación política y económica con Estados Unidos o Europa, dando por sentado que el dominio mundial que establecen es inevitable. La Unasur y el Alba, en este sentido, podrían constituirse en una alternativa, dado el actual estancamiento en las negociaciones con Europa y Estados Unidos. Pero ambos proyectos no pueden prosperar, en un sentido antiimperialista, si no se construyen por fuera de la lógica capitalista.

Los países latinoamericanos reciben permanentes presiones para liberalizar su comercio (tras los intentos del Alca y los TLCs bilaterales con EEUU y Europa, ahora se suman las presiones de China, uno de los destinos privilegiados de las exportaciones de soja y sus derivados). Sobre la mesa de negociaciones de cualquier acuerdo interregional deberían colocarse algunos de los temas vitales para su futuro: la deuda externa, la desregulación de los movimientos internacionales de capital, los subsidios agrícolas estadounidenses y europeos que perjudican a los sectores agroexportadores, y la integración con los demás países latinoamericanos en función de los intereses populares. Si bien el carácter asimétrico de la relación entre América Latina y Estados Unidos puede llevar a plantearse sólo las alternativas “realistas” –considerar como inexorable la subordinación a la potencia de turno-, la historia ofrece algunos aprendizajes en cuanto a los intentos de unión

“panamericana” de Estados Unidos y a la “resistencia” de los países del Cono Sur. Es preciso abandonar por completo la línea del “realismo periférico” y el “regionalismo abierto”, que imperó en la década del noventa, y buscar alternativas de integración para ampliar el margen de autonomía frente a Estados Unidos y Europa, las potencias de turno. Una profundización del vínculo comercial con China, basado en la exportación de soja y sus derivados, no implicaría lograr una mayor autonomía, sino profundizar la primarización económica y la dependencia.

Para enfrentar las tendencias de acuerdos comerciales en función de los intereses de los capitales más concentrados de las grandes potencias, sin duda se constituye como una estrategia vital la consolidación de una unión latinoamericana que exceda los acuerdos meramente comerciales y los proyectos enarbolados por las burguesías locales. Al mismo tiempo, es hora de abandonar la idea de que el mejor horizonte posible para Brasil, Argentina o cualquier otro país latinoamericano es constituirse como satélite privilegiado de la potencia de turno –“realismo periférico”-. Estas naciones, por el contrario, están llamadas a consolidar un eje alternativo al proyecto de Estados Unidos de establecer una hegemonía total en América Latina. Pero tampoco deben avanzar en acuerdos similares con la Unión Europea o China. Los países latinoamericanos tienen la necesidad de establecer algún margen de autonomía mayor, en el contexto de un mundo multipolar en el cual las principales potencias incrementan la presión para

controlar sus áreas de influencia. No haber podido frenar el reciente golpe de estado en Honduras en un signo de debilidad.

La inserción internacional, entonces, debe tener como objetivo potenciar el desarrollo de sus pueblos, que permita el crecimiento según las necesidades de la población y no que se limite, como plantea la perspectiva “comercialista”, a establecer un “regionalismo abierto” que sólo utilice la “integración” como un trampolín para las colocaciones de ciertos productos exportables en el mercado mundial.

Por fuera de estas alternativas usualmente calificadas como “realistas”, aparece la “otra integración posible” que se plantean los distintos actores sociales y políticos que construyeron en los últimos años la resistencia al Alca. Esta integración se basa en una integración de los pueblos, en el respeto a los derechos de los trabajadores, en una superación de la integración al servicio de los capitales (y dentro de ellos, de los más concentrados –la mayoría, de los países desarrollados, aunque también comparten sus intereses los sectores intermediarios de los países no desarrollados-). Por supuesto, la unidad en la resistencia a la integración que propone Estados Unidos no se traduce, como también pudo apreciarse a lo largo de la historia del proceso americano, en un único proyecto de integración. Mientras ciertos sectores se oponen a la subordinación a Estados Unidos porque tienen mayores vínculos económicos y políticos con otras potencias (Europa, China, Rusia), otros sectores –pequeñas y medianas empresas, productores orientados al mercado inter-

no- defienden sus intereses burgueses o pequeñoburgueses, que se verían vulnerados por la ampliación de la competencia estadounidense y por el retiro del estado. Por otra parte, los obreros y campesinos se oponen, a través de sus organizaciones, a una integración que ampliaría la concentración y centralización del capital en detrimento del trabajo. Si bien muchos de los sindicatos y organizaciones populares plantean proyectos alternativos reformistas, en alianza con sectores de las burguesías de cada país, también existen diversas tendencias políticas que entienden que la “otra integración posible”, al servicio de las mayorías, debe tener un horizonte antiimperialista y requiere de un proyecto de superación del régimen social vigente.

En la actualidad, cuando se cumplen 50 años del lanzamiento de la Alpro, y cuando el presidente de Estados Unidos, Barack Obama, visitó nuevamente América Latina para relanzar (una vez más) las relaciones con la región, es muy necesario prevenir contra los (viejos) discursos que plantean que la alternativa para los países de la región, de acuerdo al “realismo periférico”, es constituirse como satélites privilegiados de la potencia del norte, para conseguir concesiones en materia comercial, financiera o política. Estas corrientes analizan cualquier gesto de autonomía en términos de “costos”, y como expresión de la propensión a la “desmesura”. Por el contrario, la historia del vínculo de la potencia del norte con la región, muestra que es imprescindible profundizar la integración latinoamericana por fuera de los planes de Washington.

Abstract

From the same Latin American wars of independence, began to discuss different options of unity or integration of the countries of southern Africa. Throughout history, and the result of pressure from the U.S. and European powers, and the character of most of the ruling classes of the continent's countries, fragmentation always beat Latin Americanist projects. In the 1990s, the main debates about the "integration" American focused on the U.S. proposal of the FTAA, in principle being relegated other projects, such as Mercosur, the South American Community of Nations, or Alba. In the early twenty-first century, following the partial change in the correlation of forces in Latin America, the U.S. strategy of establishing a continental free trade area was finding more and more obstacles: first in the crisis of the WTO meeting in Cancun (2003) and then in the Fourth Summit of the Americas (Mar del Plata, 2005), when the FTAA was finally discarded. Since then, seemed revitalized Mercosur-Venezuela-joined, and even created a new larger organization, Unasur. Beyond these changes, it is necessary to deepen the debate in order to overcome the historic obstacles to Latin American unity that expresses autonomous positioning and anti-imperialist organizations claiming popular on the continent.

Keywords: Latin America. Integration. Mercosur. Unasur.

- ¹ Conferência proferida em 29 de setembro de 2011, no Primeiro Congresso Internacional de História Regional – Mercosul: integração e desencontros, organizado pelo PPGH/UPF.
- ² MARTÍ, José. Carta a *La nación* del 2/11/1889, publicada 19-20/12/1889 (MARTÍ, 1979, p. 486-487).
- ³ Declaración de principios del Alba. En: <<http://www.alternativabolivariana.org>>.